

Una red mundial de oración y servicio atenta a las necesidades de la humanidad



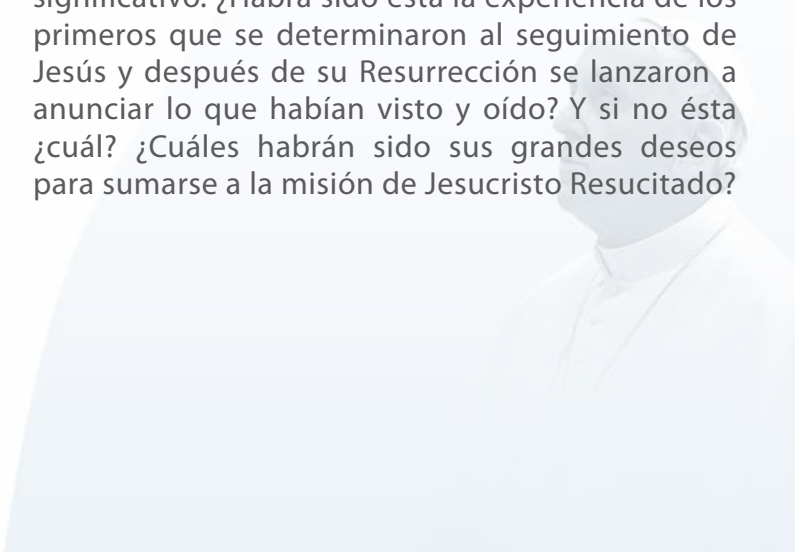
Entrada Bíblica

Antropólogos y psicólogos nos advierten acerca de dos necesidades básicas de las personas, sin descartar la existencia de una lista mayor. Por un lado, la necesidad de pertenencia, la experiencia de pertenecer a algo mayor que la contenga y le dé identidad. Espacio en el que la persona pueda desplegarse y desplegar sus proyectos como parte integrante y significativa de esa realidad que la contiene y la apoya. Y por otro, conservar una cuota de autonomía y de libertad de decisión en sus propios proyectos y su propia persona aunque forme parte de algo mayor. Ambas necesidades configuran una sana tensión que hemos de aprender a equilibrar, pertenencia y libertad.

Si tradujéramos estos postulados al lenguaje de la vida espiritual y de Iglesia hablaríamos de la misión personal y la pertenencia a una comunidad. Y del mismo modo en que en el campo del desarrollo del comportamiento en ambientes educativos o empresarios hablamos de estimular los motivos para despertar una motivación que mueva a las personas a comprometerse con los proyectos institucionales. Del mismo modo, en nuestra

Iglesia hablamos de despertar grandes deseos para sumarnos a la misión de Cristo. Sólo los grandes deseos mueven, los grandes deseos nos determinan, los grandes deseos nos hacen capaces de heroísmo.

Dos ingredientes nos ayudan a forjar los deseos de cultivar un espíritu de discípulo misionero comprometido con la misión de compasión de Jesucristo: que esta misión forme parte de nuestro proyecto personal y que la llevemos adelante en una comunidad que nos apoye y nos fortalezca y en la que sintamos que nuestro aporte a ella es significativo. ¿Habría sido esta la experiencia de los primeros que se determinaron al seguimiento de Jesús y después de su Resurrección se lanzaron a anunciar lo que habían visto y oído? Y si no ésta ¿cuál? ¿Cuáles habrán sido sus grandes deseos para sumarse a la misión de Jesucristo Resucitado?



Si continuamos con nuestro recorrido por las páginas de la Biblia, vemos cómo Jesús envía a los suyos con otros, no van solos, así como Jesús buscó amigos, sus amigos son enviados también entre amigos. Un envío en misión que el propio Jesús ha recibido de su Padre y que ahora, luego de la Resurrección, confía a sus discípulos “¡Paz a ustedes! Como el Padre me envió a mí, así yo los envío a ustedes” (Evangelio de Juan cap.20,21). En sus primeros pasos misioneros las primeras comunidades cultivaron la oración, el encuentro personal y comunitario con Dios Padre y con Jesucristo Resucitado, en oración movida por el Espíritu Santo. El Libro de los Hechos de los Apóstoles nos narra que *“Los apóstoles se reunían siempre para orar con algunas mujeres, con María, la madre de Jesús, y con sus hermanos” (Libro de los Hechos de los Apóstoles cap. 1,14).*

El evangelio de San Lucas nos indica un número mayor que el envío de los primeros doce. El número setenta y dos podría aludir a la universalidad del envío y del mensaje de Jesús y la urgencia hacia todos los confines del mundo, donde el mismo Jesús “primereará” con su presencia. Un llamado para todos los hombres y mujeres que quieran sumarse a la misión de compasión en todo tiempo y lugar en el que el Resucitado los espera y los acompañará *“Después de esto, el Señor escogió también a otros setenta y dos, y los mandó de dos en dos delante de Él, a todos los pueblos y lugares a donde tenía que ir” (Evangelio de Lucas cap. 10,1). “Yo estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo” (Evangelio de Mateo cap. 28, 20).*

San Pablo apóstol itinerante, en sus cartas relata sobre la construcción de un primer tiempo de misión sostenido por su acompañamiento a diferentes comunidades a través de sus visitas y sus epístolas. Las cartas de Pablo, no son tan sólo cartas, son un estilo de misión, un modo que el discípulo encontró para ayudar a gestar y acompañar comunidades alejadas entre sí, en tiempos en que la itinerancia estaba atravesada por recorridos a pie o en tiempos en que la itinerancia estaba signada por las dificultades de los viajes y travesías. *“Pablo, apóstol, no enviado por hombres ni nombrado por un hombre, sino por Jesucristo y por Dios Padre, que lo resucitó de la muerte, y de los hermanos que están conmigo a las Iglesias de Galacia” (Carta a los Gálatas cap. 1, 1-2).*

Así nos cuenta Pablo su discipulado: *“Porque el mismo Dios que asistía a Pedro en su apostolado con los judíos, me asistía a mí en el mío con los paganos. Entonces Santiago, Cefas y Juan, considerados los pilares, reconociendo el don que se me había hecho nos estrecharon la mano a mí y a Bernabé en señal de comunión; para que nosotros nos ocupáramos de los paganos y ellos de los judíos. Sólo pidieron que nos acordáramos de los pobres, cosa que siempre he tratado de cumplir” (Carta a los Gálatas cap. 2, 7-10).*

Pablo, exhorta, acompaña, anima, va llevando la buena noticia a todos los paganos de aquel tiempo y nos recuerda que todos estamos unidos y salvados en Cristo Jesús sin distinción alguna, *“Porque por medio de Cristo, todos tenemos acceso al Padre por un mismo Espíritu. De modo que ya no son extranjeros ni huéspedes, sino conciudadanos de los consagrados y de la familia de Dios” (Carta a los Efesios cap. 2, 18-19). Todos somos un cuerpo que Jesucristo mantiene cohesionado y cada acción de amor de los miembros se suma a ese cuerpo y lo hace crecer. “Gracias a Él, el cuerpo entero recibe unidad y cohesión gracias a los ligamentos que lo vivifican y por la acción propia de cada miembro; así el cuerpo va creciendo y construyéndose en el amor” (Carta a los Efesios cap. 4, 16).*

En sus rutas Pablo va formando y ayudando a las comunidades con otros hermanos enviados y colaboradores suyos para la misión de Cristo Jesús, que se acercan a las comunidades, que llevan noticias y mantienen con sus viajes los lazos entre los miembros de ellas.

Compañeros de camino de aquí y de allí, enviados y venidos que llevan y traen noticias, que forjan lazos, que se ayudan, se cuidan, se animan unos a otros, y se corrigen fraternalmente, en este itinerario santo van llevando a su paso las semillas del Reino del Padre, colaborando con Jesucristo en su misión de compasión por el mundo. "Tíquico, el hermano querido y ministro fiel del Señor les informará para que sepan cómo me va y lo que hago. Para eso se lo envío, para que tengan noticias mías y para que los consuele" (Carta a los Efesios cap. 6, 21-22). "Confianto en el Señor Jesús, espero enviarles pronto a Timoteo, para alegrarme al recibir noticias de ustedes" (Carta a los Filipenses cap. 2, 19).

"Ruego a Evodia, y también a Sintique, que se pongan de acuerdo en el Señor, A ti, mi fiel compañero, te pido que las ayudes, no olvides que ellas lucharon conmigo al servicio de la Buena Noticia, con Clemente y mis demás colaboradores; sus nombres están escritos en el libro de la vida (Carta a los Filipenses cap. 4,2-3).

"Los saluda Aristarco, compañero mío de prisión, y Marco, primo de Bernabé –acerca de él ya recibieron instrucciones: recíbanlo si va por allá; también los saluda Jesús al que llaman el Justo. De los judíos conversos solamente ellos han trabajado conmigo por el reino de Dios y me han servido de alivio. Los saluda Epafras, también de esa comunidad, siervo de Cristo Jesús que en sus oraciones ruega siempre por ustedes para que sean decididos y perfectos en cumplir la voluntad de Dios" (Carta a los Colosenses cap. 4, 10-12).

En cada tiempo el Espíritu de Jesús inspiró un modo de hacer realidad en condiciones de tiempo, lugar y persona, acciones concretas para colaborar con la misión del Reino de Dios. Pablo, Santiago, Pedro, Juan y los primeros encontraron cada uno un modo de hacer comunidad llevando la Buena Noticia del Reino haciendo fecunda la misión que se les encomendaba.

Del mismo modo somos invitados en esta Red Mundial de Oración del Papa, a escribir la parte de la historia que nos toca. A sumarnos a la misión de compasión de Jesús por el mundo, orando y movilizándonos por los desafíos de este tiempo que nos encomienda el Papa. Así como en otro tiempo Jesús y después sus discípulos dieron respuesta a los desafíos de su tiempo, del mismo modo nos toca a nosotros los discípulos de este

tiempo dar nuestra respuesta como discípulos misioneros del Reino de Dios, a los desafíos de compasión. Nos toca a nosotros escribir los capítulos, las cartas de este tiempo histórico, ser evangelios vivos al servicio de la misión de Jesucristo, para que los desafíos de la humanidad y de la misión de la Iglesia sean los temas de las próximas páginas de la historia de la salvación que nos toca vivir y relatar a nosotros. ¿Te sumas a la misión de Cristo en la Red Mundial de Oración del Papa?

Llamados y enviados

El Evangelio de Lucas capítulo 10, 1-12 nos dice: "En aquel tiempo designó el Señor otros setenta y dos, y los mandó por delante, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares adonde pensaba ir él". Y continúa el evangelista poniendo en palabras de Jesús consejos y recomendaciones para este envío.

Recoge este relato de la vida de Jesús palabras que no van dirigidas ya al grupo de los doce apóstoles, sino a un grupo numeroso de discípulos a quienes envía para que colaboren con Él en su misión, en el proyecto del Reino de Dios.

Podemos tomar las palabras del Maestro como una carta fundamental para la propia vida. La Iglesia y cada uno de nosotros estamos marcados por el envío de Jesús. El deseo original del propio Jesús es que sus discípulos "se pusieran en camino", que desplegaran el movimiento profético de una iglesia que sale de sí misma al encuentro de los hermanos, poniéndose al servicio de los demás.

Jesús nos envía a curar a los enfermos y a anunciar que el Reino de Dios está cerca. Y esta es la gran noticia, que Él está cerca animándonos a humanizar la vida. Pero no es una prédica teórica, sino que es necesario hacerla comprensible a todos. El Señor debe hacerse comprensible, todos deben poder captarlo como algo nuevo y bueno. ¿Qué gestos y palabras podrían transmitir esta realidad? Es necesario escuchar, acoger, curar las heridas de los que sufren, rescatar a quienes están tirados en las cunetas de la existencia. Sólo de este modo el Amor del corazón de Jesús podrá manifestarse y hacerse visible a los hombres. A través de nuestros gestos concretos. La prédica del Reino de Dios sólo podrá hacerse comprensible si las personas que encontremos se sienten comprendidas y acogidas por nuestros gestos.

Y nos dice Jesús que la paz es la primera señal del Reino, que es regalo del Señor que debemos cuidar y dar a quienes nos reciban. Si esa paz es acogida allí estará y si no es acogida volverá a nosotros, pues es un regalo que no se pierde.

El Señor nos recomienda no recargar nuestra mochila, ir ligeros de equipaje. No nos dice qué llevar, pero sí lo que no hemos de llevar... lo que nos distancie de los más pobres. Nuestro estilo de vida, nuestro comportamiento deberá identificarnos con los más pobres. Pues lo que define será nuestro testimonio. Nuestros medios deben ser pobres, los medios pobres de los que él se valió, el amor solidario a los desvalidos y a los más abandonados, la acogida a cada persona, el perdón a quien nos ofende, la creación de una comunidad fraterna, la tolerancia mutua.

No predicamos una doctrina sino una persona, la experiencia humanizadora de entrar en contacto con Jesucristo. Somos enviados a irradiar "calidad de vida evangélica" que ponga a los hermanos en contacto con la fuerza humanizadora de Jesús, que los reconstruye y los vuelve a la Vida. Y este llamado es a todos y a cada uno, formando una numerosa comunidad simbolizada en el número evangélico de los setenta y dos. Hoy, la Red de Oración del Papa reúne a decenas de miles de católicos, la mayoría invisibles a los ojos del mundo que, a través de la ofrenda de sus vidas, por la oración y la acción se hacen solidarios con los que sufren, con los últimos. Esta red de corazones está llamada y enviada a llevar al mundo la fuerza sanadora de Cristo con el testimonio de su calidad de vida evangélica, como respuesta concreta al envío "designó el Señor a otros setenta y dos y los envió por delante de dos en dos, a todos los pueblos y lugares adonde pensaba ir Él".

No se queden callados los que invocan al Señor, no lo dejen descansar... hasta que rompa la aurora de su justicia y su salvación llamee como una antorcha. (Libro de Isaías cap. 62,1.6-7)

Abraham le preguntó: ¿Vas a destruir a los inocentes junto con los culpables? Tal vez haya cincuenta personas inocentes en la ciudad [...] Y el Señor le dijo: Hasta por esos cincuenta [o cuarenta, o treinta, o veinte o diez], no destruiré la ciudad. (Libro del Génesis cap. 18,22-33)

Los apóstoles se reunían siempre para orar con algunas mujeres, con María, la madre de Jesús, y con sus hermanos. (Libro de los Hechos de los

Apóstoles cap. 1,14)

De esta manera, Dios hará de ustedes, como de piedras vivas, un templo espiritual, un sacerdocio santo, que por medio de Jesucristo ofrezca sacrificios espirituales, agradables a Dios. (Primera Carta de Pedro cap. 2,5)

Después de esto, el Señor escogió también a otros setenta y dos, y los mandó de dos en dos delante de Él, a todos los pueblos y lugares a donde tenía que ir. (Evangelio de Lucas cap. 10,1)

¡Paz a ustedes! Como el Padre me envió a mí, así yo los envío a ustedes. (Evangelio de Juan cap. 20,21)

Para profundizar. Recursos. Anexo Tres. San Francisco Javier, un hombre de grandes deseos.

Para profundizar. Recursos. Anexo Cuatro. Teresita de Lisieux, la grandeza de lo pequeño.

